

En el prefacio escrito por el Papa la pregunta que lleva a trabajar juntos a favor de los más afectados

¿Ver o no ver?

Publicamos a continuación el texto del prefacio escrito por el Papa Francisco al documento «Orientaciones Pastorales sobre desplazados climáticos».

Las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos recogen hechos, interpretaciones, políticas y propuestas pertinentes al ámbito del fenómeno del desplazamiento por razones ambientales. Para empezar, les propongo retomar la famosa frase pronunciada por Hamlet, “ser o no ser”, y transformarla en “ver o no ver, esa es la cuestión”. Todo, de hecho, empieza por nuestro ver, sí, por el mío y por el suyo.

Estamos inundados de noticias e imágenes que muestran a pueblos enteros desarraigados de sus tierras a causa de desastres naturales provocados por el clima, por lo que se ven obligados a migrar. Pero el efecto que tienen estas historias en nosotros y cómo respondemos, si suscitan en nosotros respuestas fugaces o desencadenan algo más profundo, si nos parece algo lejano o las tenemos muy presentes, depende de nosotros, si nos esforzamos por ver el sufrimiento que conlleva cada historia para así “tomar dolorosa conciencia, atrevémos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno pue-

de aportar” (*Laudato si'*, 19).

Cuando las personas se ven obligadas a migrar porque el ambiente en el que viven ya no es habitable, nos puede parecer la consecuencia de un proceso natural, algo inevitable. Sin embargo, el deterioro del clima es muy a menudo el resultado de decisiones equivocadas y de actividades destructivas, del egoísmo y de la negligencia, que ponen a la humanidad en conflicto con la creación, nuestra casa común.

A diferencia de la pandemia del Covid-19, que se abatió sobre nosotros repentinamente, sin previo aviso y casi en todas partes, y que nos afectó a todos a la vez, la crisis climática empezó a partir de la Revolución Industrial. Durante mucho tiempo se ha venido desarrollando con tal lentitud que ha sido prácticamente imperceptible, con excepción de unos pocos con visión de futuro. Incluso ahora, sus repercusiones se manifiestan de manera desigual: el cambio climático afecta a todo el mundo, pero quienes menos han contribuido a ello son los que más sufren sus consecuencias negativas.

Sin embargo, al igual que la crisis del Covid-19, el número enorme y cada vez mayor de personas desplazadas a causa de la crisis climática, se está convirtiendo rápidamente en una gran emergencia de nuestra época, tal y como podemos ver casi todas las noches en nuestras pantallas, y que exige respuestas globales.



Me vienen a la mente las palabras que el Señor pronunció por boca del profeta Isaías que, adaptadas a nuestra realidad, adquieren un significado especial: Venid entonces, y discutiremos. Si estáis dispuestos a escuchar, nos aguarda un gran futuro juntos. Pero si rehusáis y os negáis a escuchar y actuar, os devorará el calor, la contaminación, la sequía aquí y la subida de las aguas allí (cf. *Isaías* 1,18-20).

Cuando miramos, ¿qué vemos? Muchos están siendo “devorados” en condiciones que son imposibles para la supervivencia. Obligados a abandonar campos y costas, casas y aldeas, huyen

apresuradamente, llevando consigo tan sólo unos pocos recuerdos y pertenencias, fragmentos de su cultura y de su tradición. Partieron llenos de esperanza, con la intención de volver a empezar desde cero en un lugar seguro. Sin embargo, la mayoría termina viviendo en barrios marginales peligrosamente hacinados o en asentamientos improvisados, esperando su destino.

Quiénes han sido expulsados de sus hogares por culpa de la crisis climática necesitan ser acogidos, protegidos, promovidos e integrados. Quiénes quieren volver a empezar. Para que puedan crear un nuevo futuro para sus hijos, es necesario que se les permita hacerlo y se les tiene que ayudar. Acoger, proteger, promover e integrar son todos los verbos que se corresponden a acciones útiles. Quitemos, entonces, uno por uno, esos escollos que bloquean el camino de los desplazados, aquello que les reprime y margina, que les impide trabajar y acudir a la escuela, lo que les convierte en invisibles y les niega su dignidad.

Las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos nos invitan a ampliar la forma en que miramos este drama de nuestro tiempo. Nos impulsan a ver la tragedia del desarraigo prolongado que hace gritar a

nuestros hermanos y hermanas, año tras año: “No podemos volver atrás y no podemos empezar de nuevo”. Nos invitan a tomar conciencia de la indiferencia de la sociedad y de los gobiernos ante esta tragedia. Nos piden que veamos y nos preocupemos. Invitan a la Iglesia y a demás personas a actuar juntos, y nos explican cómo podemos hacerlo.

Esta es la obra que nos pide el Señor ahora, y en ella hay una inmensa alegría. No podemos salir de una crisis como la del clima o la del Covid-19 encerrándonos en el individualismo, sino sólo “estando unidos”, mediante el encuentro, el diálogo y la colaboración. Esta es la razón por la que me complace especialmente que se hayan elaborado las Orientaciones Pastorales sobre Desplazados Climáticos, en el marco del Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral, junto con la Sección Migrantes y Refugiados y el Sector de Ecología Integral. Esta colaboración es en sí misma una señal del camino a seguir.

Ver o no ver, es la pregunta que nos lleva a responder actuando juntos. Estas páginas nos muestran qué necesitamos y qué debemos hacer, con la ayuda de Dios.

Franciscus

Franciscus

ROCÍO LANCHO GARCÍA

El arzobispo de Santiago de Compostela, monseñor Julián Barrio, abrió la Puerta Santa de la Catedral compostelana el pasado 31 de diciembre, iniciando así al Año Jubilar Jacobeo de 2021, un “tiempo de gracia y de bendición” para la Iglesia que peregrina en Compostela y para toda la Iglesia.

La pandemia, evidentemente, ha trastocado todos los planes y previsiones. Pero lo esencial permanece: la Catedral ha abierto su Puerta Santa como símbolo de que el Señor nos sigue llamando a todos a participar en su misericordia. Así lo asegura el arzobispo de Santiago de Compostela en esta entrevista en la que habla sobre el Año Jubilar y en la que recuerda que «la distancia social aconsejada ha de acrecentar la cercanía del corazón en la comunión de la Iglesia, que es una realidad operante y cierta».

El Año Jubilar es siempre motivo de alegría y celebración para una diócesis. ¿Cómo encajar este año Jacobeo en el contexto de la pandemia?

En medio del contexto de la pandemia el Año Santo ha de transmitir un mensaje de esperanza. Iniciar un Año Santo Jacobeo tan especial como este, cuando llevamos meses navegando por las aguas turbulentas del Covid-19, es una oportunidad para redescubrir el sentido de la fe y de la misión cristiana. Es una llamada a la conversión que nos ayuda a renovarnos espiritualmente y proclamar en la peregrinación la buena noticia de Cristo Resucitado. Las palabras del Papa Francisco en la plaza de San Pedro en marzo pasado son aleccionadoras: «El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer

e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is* 42,3), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza». Un Año Santo Compostelano es un motivo de alegría y de bendición, de encuentro y de sanación, en el que hay que cultivar la memoria penitencial para liberar el futuro de las propias insatisfacciones o confusiones. Este Año Santo se hacía acreedor de mucha expectativa transcurridos once años desde el anterior. Habíamos empezado a prepararlo fijando nuestra atención en su proyección espiritual. En el mes de diciembre de 2019 presentamos ante los medios de comunicación la Carta Pastoral con la que se convocaba esta celebración jubilar. En la mente estaba la idea de acoger a no pocos peregrinos. El inicio de la pandemia, evidentemente, trastocó los planes y previsiones. Pero lo esencial permanece: la Catedral ha abierto su Puerta Santa como símbolo de que el Señor nos sigue llamando a todos a participar en su misericordia. La pandemia está afectando a la peregrinación. Son momentos en los que hemos de cuidarnos para cuidar a los demás, esperando la posibilidad de peregrinar a Santiago de Compostela.

¿Cómo vivió el momento de la apertura de la Puerta Santa?

Con emoción y con la conciencia de que este don es una gracia del amor de Dios. En la homilía de la Eucaristía de aquella jornada pedí al Apóstol que nos ayudara a que desde aquí, desde este «finis terrae», se fortalezca la esperanza que ayuda a superar la preocupación angustiosa por el

presente, y el escepticismo que dificulta el ejercicio de la caridad, sabiendo que el Año Santo es tiempo para rezar, amar, salir al encuentro de los demás con obras de misericordia, y revitalizar la fraternidad que «permite reconocer, valorar y amar más allá de la cercanía física, procurando que las personas pobres y las más vulnerables tengan siempre la preferencia».

En aquella solemnidad litúrgica, tras entrar por la Puerta Santa, pensé que habíamos comenzado el Año Santo en unas circunstancias especiales en las que había de resaltar la esperanza cristiana que «es audaz y sabe mirar más allá de la comodidad personal de las pequeñas seguridades y compensaciones que acortan el horizonte para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más digna». Y subrayaba que el Año Santo no es una huida espiritualista sino un compromiso para discernir cristianamente la realidad, en medio de la crisis antropológica, espiritual, cultural y sanitaria en la que se han visto radicalmente sacudidas las certezas fundamentales que conforman la vida de los seres humanos. Hacer presente a Dios es un bien para la sociedad.

¿Qué espera de este Año Santo?

Estoy convencido de que va a ser una oportunidad providencial para acercarnos a Dios y proyectar el futuro desde la verdad auténtica del hombre, desde la libertad que respeta esa verdad y desde la justicia para todos. En este momento de incertidumbre y de tanto dolor provocado por la pandemia, con el triste rastro de muertes y afectados que lu-

chan por recuperarse plenamente, la Iglesia ha de ofrecer la certeza de que para los que aman a Dios, todo lo que acontece les sirve para su bien y de que hemos de ver con los ojos de Dios, mirando a la Cruz de Cristo y dejándonos iluminar por la luz de su Resurrección. Se nos llama a hacer visible nuestra fe cristiana encarnándola en tantas personas que necesitan nuestra ayuda y ternura. El Año Santo nos motiva a vivir la caridad y la solidaridad con los necesitados material y espiritualmente, practicando las obras de misericordia y viviendo el espíritu del Sermón de la Montaña, pues al final de nuestra vida hemos de entregar a Dios el tiempo y la ayuda que hemos dedicado a los demás.

¿Qué proyectos hay para el año Jacobeo a nivel pastoral?

El plan pastoral parte del supuesto de que el Año Santo es un acontecimiento espiritual. Es el año de la gran perdonanza; y eso no lo podemos perder de vista. Sobre estas bases, hemos buscado caminar con los peregrinos en su peregrinación a la tumba del Apóstol para vivir el encuentro con la tradición apostólica que fundamenta nuestra fe. Este es el objetivo de las dos cartas pastorales que he escrito: «¡Sal de tu tierra! ¡El Apóstol Santiago te espera!» y «La esperanza de peregrinar a Santiago de Compostela». Junto a estas pastorales, hemos preparado una guía espiritual para que los peregrinos se sientan acompañados espiritualmente a lo largo del Camino; y hemos elaborado también varios temas de reflexión sobre lo que es el hecho cristiano y la dimensión espiri-

tual de la peregrinación. Todo este material está a disposición de los peregrinos. Es evidente que si se perdiera esta dimensión espiritual, que ha servido a lo largo de los siglos para configurar la entraña cristiana del peregrino, se estaría desvirtuando el Camino y la peregrinación jacobea. Sin este hilo vertebrador estos se convertirían en realidades inertes. La ruta jacobea ha de seguir siendo un camino que lleve, a través del Apóstol, al encuentro con Cristo Resucitado, calzados con las sandalias de la esperanza.

¿Cómo acogió la noticia de que el Santo Padre prolongaba un año más el Año Santo?

Con enorme gratitud y con el convencimiento de que la sensibilidad del Papa Francisco ante el momento que estamos viviendo es una cariñosa muestra más de su preocupación y dedicación pastoral a la Iglesia universal. Desde mediados del año pasado había hecho llegar al Papa la consideración de que las circunstancias derivadas de la pandemia reducían las posibilidades de peregrinar, y podían aconsejar tal vez una prolongación del Año Santo. Prolongar el Año Santo hasta finales de 2022 es un signo más de la solicitud pastoral del Papa. En Santiago, en Galicia, en España, en Europa y otros continentes esta determinación se ha acogido con gran júbilo.

¿Qué le diría a las personas que querían peregrinar a Santiago en este año y no podrán hacerlo a causa de la pandemia?

Recordarles que el hombre es el único camino que tiene que re-

correr la Iglesia, acompañándolo en todas las circunstancias de su vida. Ahora nos toca vivir en un tiempo incierto, que nos provoca incertidumbres sobre multitud de cuestiones. Lo que no puede este tiempo y esta circunstancia es privarnos de la confianza en la providencia de Dios. Estamos en sus manos. Él recorre nuestro camino y hace la peregrinación a nuestro lado. Como lo hizo Cristo con los discípulos de Emaús, a los que ayudó a interpretar con la luz de las Escrituras los acontecimientos que acababan de vivir con gran desconcierto. La luz de la Resurrección del Señor no deslumbra, ilumina para volver, aunque sea de noche, a la comunidad cristiana y hacer una lectura creyente de la realidad. La distancia social aconsejada ha de acrecentar la cercanía del corazón en la comunión de la Iglesia, que es una realidad operante y cierta.

Es preciso confiar en tantas personas que trabajan en la sanidad. Desde la perspectiva del creyente, trabajar de esta manera, forjando la cultura del cuidado común, es una forma de peregrinar «en espíritu y en verdad». Y así como el peregrino que se pone en Camino, sigue la estela del que va por delante y está pendiente de quien camina rezagado, también ahora, en este momento en que no es posible la peregrinación física en condiciones normales, el peregrino hace la peregrinación atendiendo a la familia, al vecino de al lado que necesita una palabra de consuelo, comprensión o afecto, al compañero de trabajo o a las personas con las que celebra su fe. En todo caso Cristo nos indica el Pórtico de la Gloria. Al Apóstol Santiago le pedimos que desde aquí siga resonando la esperanza, conscientes de que nuestras vidas están tatuadas en las llagas gloriosas de Cristo resucitado.